



---

## **El Voluntario en la atención gerontológica**

Hasta la fecha esta tribuna no se había detenido en reflexionar sobre un agente de enorme valía en el esquema de atención del mayor, especialmente el no institucionalizado, como es el voluntario o voluntaria, y lo hago animado e inspirado por la declaración de este Año 2001 como Internacional del Voluntariado.

El no haber plasmado en estas líneas de apertura de nuestra revista algo en torno a esta figura, no indica que desde el seno de la Sociedad Española de Enfermería Geriátrica y Gerontológica (SEEGG), ni desde diferentes foros de las enfermeras gerontológicas no hayamos aludido a los numerosos aspectos que nos relacionan, las características definitorias del voluntariado ante este grupo de población, de su formación y del grado de implicación en el proceso y en el equipo.

Hoy se rinde un homenaje al voluntario como persona que libremente presta servicios a otros con sentido de responsabilidad y sin percibir contraprestación alguna, salvo en la irrenunciable y necesaria esfera emotiva. Un reconocimiento sin duda merecido a un movimiento, que por años de existencia desde su formulación, creo que no ha calado suficiente o de forma tan universal aquí como en otros países, en los que prácticamente todos los ciudadanos participan como voluntarios en distintas iniciativas. Esa primera lastra seguramente de índole cultural, ha hecho que hasta épocas muy recientes fueran muy pocos los que ejercían como voluntarios y confusamente identificados por la Sociedad. Un reconocimiento social como casi único alimento para esos grupos, que en el caso de los que se centraban en el mayor aún se desfiguraba más, hasta circunscribirlo sólo a devotas vecinas movidas por un sentido caritativo y religioso, un poco parecido a la óptica aplicada a las enfermeras gerontológicas hasta hace muy poco tiempo.

Esa imagen está cambiando. Hoy son jóvenes sin uniformar, amas de casa, estudiantes, pero también profesionales, los que generosamente invierten su tiempo en acompañar, dar soporte en el domicilio o visitar a ancianos en instituciones, con sentido de la responsabilidad como paradigma. Un grupo que ocupa ya un espacio en los esquemas asistenciales y en los propios equipos terapéuticos.

La dificultad inherente al desempeño de esta labor como voluntario en cualquier frente, se ve aumentada en la atención gerontológica por el escaso "encanto" que este grupo ha venido despertando en muchos sectores de nuestra sociedad por los numerosos estigmas que los acompañan, a la que sumar una todavía escasa proliferación de organizaciones abiertamente inclinadas a la ayuda de éstos.

Quiero significar mi admiración personal a aquellos que ceden su tiempo, su esfuerzo, su mejor sonrisa a los que carecen muy a menudo de todo, menos de tiempo por llenar. Dar conversación a alguien que huye de su vida es difícil, acompañar a personas de paso lento, de carácter a veces agrio, solitarios, celosos y ambiguos es duro y precisa sin duda de una sabia aleación de vocación y preparación.

Al sopesar el rol que el voluntario puede tener en el equipo gerontológico, me lleva de inmediato a considerar con qué formación mínima deben de contar y quien ha

de formarlos. He perfilado algunas acciones, pocas y tal vez clásicas, donde navegan los voluntarios en la atención del mayor, pero de suficiente complejidad como para dejarlas a merced sólo de la bondad y predisposición generosa de éstos. Cada vez más se hace más necesaria una amplia formación para la prolija corte de situaciones que envuelven a una persona mayor, desde sus especiales connotaciones como anciano sano, hasta la forma paradójica de enfermar, distinguiendo y apoyando las diferencias entre envejecimiento y enfermedad. Acercarse, comunicarse, apoyar en las actividades básicas de la vida diaria, servir de guía, alertar a otros miembros del equipo, apoyar a las familias, son pilares de esa existencia como voluntarios, también son elementos clave de la hechura de una enfermera gerontológica, quien entiendo que mayoritariamente debieran de ser las encargadas de la formación del grupo de voluntarios.

Otra imagen que evoco ahora, quizá influenciada por los numerosos alumnos de enfermería que cada año salen de nuestras aulas, es la de la propia enfermera como voluntaria. Una ciudadana comprometida, preparada, que decide ceder unas horas de su vida a otros. Aquella pasada escasez de movimientos de voluntariado en nuestro país está dando paso a iniciativas desde el propio seno de las universidades, organizaciones no gubernamentales, etc. que prodigan este papel social.

El trabajo de grupos de voluntarios en la atención del mayor en la actualidad es creciente y su futuro alentador. Nadie oculta su inestimable valor, pero todavía es escasa la contabilización como recurso que se hace de ellos. No sustituyen ni lo harán nunca a cuidadores profesionales, no a las familias como pilar básico de la atención en el domicilio, no a los servicios asistenciales sanitarios y sociales de las distintas administraciones, sin embargo, a todos ayudan de forma altruista y generosa.

**J. Javier Soldevilla Agreda**  
Presidente SEEGR